

## CAPITULO V.

## La ambicion.



HERNAN Cortés habia asistido desde los primeros dias de su infancia al espectáculo de la gloria de los conquistadores del Nuevo Mundo.

Y sin embargo, no habia envidiado la fama, la admiracion que aquellos hombres despertaban en la muchedumbre.

Cuando conozcamos á fondo la historia de los primeros años de su vida, el papel que representaba en el seno de su familia, las causas que hicieron de su infancia y de su juventud una continua enfermedad, los motivos que le obligaron á alejarse de la casa paterna, comprenderemos por qué razon no habia podido llegar hasta su corazon la chispa que debia más tarde encender en él ese fuego sublime que constituye la esencia de los héroes.

Pobre, sin esperanza de vivir; viejo, sin haber sido jóven; cansado ántes de andar, se habia apoderado de su alma el tedio, y únicamente le sonrió la idea de atravesar los mares y de llegar á los países descubiertos recientemente, porque podian ofrecer á sus ojos el espectáculo de la novedad, porque le brindaban los placeres del peligro, porque le apartarian para siempre de las personas y de los objetos que habia visto en torno suyo en aquellos largos años de cansancio, de aburrimiento, que habia pasado en el hogar de sus padres.

Se embarcó para Santo Domingo con una carta de recomen-

dacion para el gobernador Ovando, con el que tenia algunos lazos de parentesco.

Desde su llegada fué uno de tantos colonos.

Separado de don Luis Sagredo, su compañero de viaje, y uno de los más leales amigos y servidores de Colon, no pudo distinguirse, y vivió una vida oscura, sin ocultársele los desaciertos que cometia el gobernador de la colonia.

Los infortunios de Colon, la augusta majestad que rodeaba á aquel hombre, que desde la puerta de un monasterio, adonde habia acudido à pedir una limosna, habia logrado con su ingenio arrancar al Océano uno de sus mayores secretos, y con la gloria llegar hasta el mismo sòlio de los soberanos de España y ser objeto de las más entusiastas ovaciones, despertaron en el jóven oscuro una inmensa sed de gloria, con la que combatia la indiferencia que se habia apoderado de su alma.

Los restos del aburrimiento, que habia sido su eterno compañero; el deseo de oscuridad, de desaliento, que aún tenia arraigado, desaparecieron en una entrevista en España, adonde volvió con una comision del gobernador de Santo Domingo; en una entrevista, repito, con Cristóbal Colon, dejó en su corazon la semilla que debia fructificar más tarde y producir los laureles de su inmortal corona.

Al volver á Santo Domingo llevaba otro argumento poderoso dentro de sí, para contrarestar la sed de gloria que le devoraba.

La ingratitude de los hombres, el infame pago que una nacion y un soberano habian dado al ilustre marino genovés, eran bastante á inspirarle la idea de no hacer nada por aquella patria desagradecida, y hasta en sus momentos de orgullo se decia:

—No merecen los que tal hacen el sacrificio de ningun hombre.



Volvió á Santo Domingo, y en aquel suave clima recuperó las fuerzas, se trasformó por completo.

El mancebo débil se tornó en robusto varon, y á esta plenitud de facultades físicas sucedió naturalmente un deseo de actividad, que le obligó á tomar las armas para acompañar á Diego de Velazquez en la Conquista de Cuba, mostrando en aquel gigantesco paso su energía, su valor, su pericia, su grandeza de espíritu.

Trescientos hombres bastaron á someter un país inmenso poblado por millares de habitantes.

Hernan Cortés decidió la victoria, y sin embargo, todos los plácemes, todas las ventajas del triunfo, fueron para Velazquez.

En aquel momento el guerrero se hizo político.

El amor propio es un terrible consejero.

Ofendido el suyo, se permitió alcanzar la gloria que le habian usurpado, y no perdonó medio de conseguir su intento.

Velazquez envió fuerzas á la Jamáica para someter aquella isla.

Hernan Cortés fué uno de los caudillos.

En aquella empresa dió grandes muestras de su valor, y obediendo á la conducta que se habia propuesto emplear, borró de aquel triunfo su nombre, para que recayera toda la gloria sobre Velazquez.

Este acto inspiró al gobernador de Cuba la resolucion de nombrar á Cortés su secretario.

En el desempeño de este cargo tuvo ocasion de desplegar un gran talento, del que hasta entónces no se habia aprovechado.

Preparándolo todo para llegar al logro de sus fines, prestó leales servicios á Velazquez, y no tardó en captarse toda su confianza.

Un defecto de su carácter, que era al mismo tiempo una de sus cualidades, le impidió representar alguna vez su papel como se habia propuesto.

La impetuosidad de su temperamento lo arrollaba todo.

Trascurrió algun tiempo, y un dia fueron á buscarle algunos colonos, y quejándose amargamente en su presencia de la conducta que observaba el gobernador, le dieron á entender que si secundaba sus planes, si se ponía al frente de una conspiracion que estaban tramando para derrocar al gobernador, le elegirían, y obtendrian del monarca de España que confirmase su eleccion.

Esto fué ofrecer á sus planes un atajo.

La imaginacion dominaba.

La impetuosidad, al cálculo frio.

Cortés se unió á los conspiradores, y lo preparó todo para producir un tumulto.

Uno de los conjurados fué débil, y confió á Velazquez lo que pasaba.

Momentos ántes de estallar la conspiracion, irritado el gobernador profundamente, considerando la conducta de Hernan Cortés como una de las más negras ingratitudes, mandó prenderle, y al mismo tiempo firmó su sentencia de muerte.

Un hombre que hasta entónces habia vivido en la colonia sin dar á conocer sus cualidades de sagaz político, pero cuya amistad habia cultivado Hernan Cortés, favoreciéndole hasta el punto de ponerle indirectamente en relaciones con Velazquez, le anunció el peligro que corria su vida, y pudo escaparse de las manos de los soldados que fueron en su busca para prenderle y ejecutar la sentencia, guareciéndose en una iglesia, asilo inviolable en aquellos tiempos.

Andrés de Duero, que era la persona á quien tantos favores habia prestado Hernan Cortés, presentándose como adversario suyo, logró reemplazar en supuesto al condenado á muerte y trató con maña de apaciguar las iras del gobernador.

A pesar de esto, continuamente vigilaban las puertas de la



glesia soldados encargados de prenderle en el momento en que atravesara los umbrales del templo.

Andrés de Duero tuvo una conferencia secreta con el valiente jóven, en la que le ofreció obtener su perdón.

Pero le indicaba al mismo tiempo que no abandonase aquel sagrado asilo, porque de lo contrario no respondía de su vida.

Hernan Cortés lo abandonó.

Por la primera vez de su vida sintió en su alma el amor.

Dominado por aquel sentimiento desconocido, grandioso para él, olvidó su ambición, renunció al papel que se había propuesto desempeñar, obedeció à su inpetuosidad de carácter, y el amor estuvo á punto de costarle la vida.

## CAPITULO VI.

### El amor.



VIVIA en Santiago de Cuba un anciano llamado don Lope Suarez de Pacheco.

Era un verdadero marino.

Desde los primeros años se habia consagrado con particular afición á los viajes marítimos, y habia adquirido tal destreza, que habia pocos pilotos que le aventajasen, y no tenia rival para mandar á la tripulación de un buque.

Camarada afectuoso de los marineros, cuando se trataba de cumplir el deber, no habia un jefe más severo, más intransigente, más terrible que él, y tales habian sido sus actos para someter á la obediencia á los díscolos, que una sola mirada suya habia llegado á producir en las tripulaciones más efecto que el látigo de los contra maestres.

Al servicio de Portugal, cuando tuvo lugar el descubrimiento del Nuevo Mundo y la conquista de la Española, no pudo tomar parte en aquella empresa.

Recordando que era español, se resolvió á abandonar los buques portugueses para prestar servicios en su patria, y se embarcó para mandar uno de los navíos que el hijo de Cristóbal Colon llevó á sus órdenes al dirigirse á las Indias para recoger la herencia de su padre.

Una niña de once á doce años acompañaba á todas partes á Suarez de Pacheco.

Era el fruto de su amor con una dama portuguesa que habia



muerto, y amaba tanto á aquella criatura, que no podia separarse de ella.

Catalina, que así se llamaba, parecia haber heredado la energía de carácter de su padre, y la belleza y bondad del alma de su madre.

Se habia quedado huérfana á los cinco años, y habia sido educada por su padre y por los marineros que le rodeaban.

Sin perder los encantos propios de su sexo, habia en ella algo de varonil.

No solo no se mareaba en los buques, sino que trepaba por los palos y hacia las maniobras como los marineros.

Disparaba con mucha gracia un arcabuz, y cuando en medio de los mares le sorprendia la tempestad, sin dejar de elevar su plegaria á la Virgen, animaba á los desalentados marineros, razon por la cual todos la querian con delirio.

Al llegar á la Española comenzó su padre, que ya era muy viejo, á padecer ataques de gota, y no tardó en verse imposibilitado á continuar su viaje.

En premio de sus servicios le dió un empleo Diego Colon en Santiago de Cuba, y allí, con su hija y con los indios de la servidumbre, vivia feliz, si no completamente satisfecho, porque su mayor gusto era volver al mar ó tomar parte en empresas difíciles.

Creció la jóven al lado del autor de sus dias, y en la época á que nos referimos habia cumplido veintiun años, y era por su hermosura y su talento la admiracion de todos los que habitaban la colonia.

Muchos jóvenes se habian acercado á ella para ofrecerle el amor que habia despertado en ellos.

Catalina habia desoido sus súplicas, porque habia reconcentrado toda su alma en el cariño de su bondadoso padre.

No por eso dejaba de tener simpatía por los guerreros que más se distinguian por su bravura, y bajo esto punto de vista habia fijado sus ojos en Hernan Cortés, y pensaba en él á me-

nudo, sin explicarse los motivos que la sumian en aquella meditacion.

Hernan Cortés apenas habia reparado en ella.

El dia en que, avisado por sus amigos, buscó asilo en la iglesia para librarse de las persecuciones de Velazquez, al entrar en el templo halló á la jóven que salia con una india anciana que la servia de aya.

Los alguaciles llegaron hasta la puerta del templo, y se detuvieron en ella.

La jóven se informó de lo que pasaba, y obedeciendo á un sentimiento que se despertó en su alma, sin dar tiempo á que la reflexion modificase su resolucion, volvió á la iglesia, y acercándose á Hernan Cortés:

—Permaneced aquí, le dijo, porque fuera os esperan los alguaciles. No temais: nada os faltará miéntras esteis aquí. Vivo en frente: mi padre os estima, aunque no os trata, y os enviará cuanto podais necesitar miéntras os veais obligado á permanecer en este asilo.

En aquel momento, arrepentido de su debilidad Hernan Cortés, calificando de cobardía el acto que acababa de consumir, iba á salir, y ya tenia la mano puesta en la empuñadura de su espada para abrirse paso luchando con los alguaciles, y morir si era preciso, combatiendo con todo cuanto se le opusiera, ántes que ser aprisionado ó tener que permanecer en sagrado.

Las palabras de Catalina, sus súplicas al comprender la resolucion que habia tomado, el acento de su voz, que resonó en toda su alma, su mirada de fuego, todo aquello en el lugar en donde estaba, bajo la influencia de su religion, produjo un cambio radical en la existencia del valiente soldado, y deteniéndose:

—Sois el ángel de mi guarda, le dijo: no olvidaré nunca que os debo la vida.

Catalina se separó de Hernan Cortés, y comprendió que habia hecho mal en ser tan bondadosa.



Desde aquel momento el jóven soldado fué un personaje interesante para ella.

No podia apartar su recuerdo de su imaginacion.

Necesitaba verle, y temia que sus miradas se encontrasen con las suyas.

Refirió á su padre el encuentro que habia tenido, y el viejo marino fué al templo á visitar á Hernan Cortés para ofrecerle todo su apoyo.

Catalina no se atrevia á volver á la iglesia.

Estaba completamente subyugada.

El amor se habia despertado de pronto en su corazon, y lo habia avasallado por completo.

—El mismo efecto habia producido la jóven en Hernan Cortés.

Todos los amigos del soldado influyeron con Velazquez para que le perdonase.

Pero éste no podia olvidar que habia sido el hombre de toda su confianza, que habia querido suplantarle, y el amor propio le aconsejaba que no fuese clemente con él.

Deseoso de apoderarse de él, de humillarle al ménos, mandó que dia y noche estuviesen apostados en los alrededores de la iglesia alguaciles suficientes en número para apoderarse de él si intentaba evadirse.

Trascurrieron algunos dias, en los que la esperanza de volver á ver à Catalina hicieron ménos penosa su situacion á Hernan Cortés.

Pero la jóven no iba al templo.

Solo la india anciana que le servia de aya iba á llevarle regalos de su parte.

El enamorado galan comunicó á Catalina el amor que sentia, por medio de una carta.

La jóven le respondió que habia adivinado sus sentimientos.

La felicidad de los amantes fué inmensa.

Cortés no podia calmar su ansiedad, y una noche, á las altas horas, creyendo que nadie podria verle, salió del templo, llamó á la reja de su amada, cuya casa estaba muy próxima, y pudo hablar con ella, jurarle eterno amor, y disfrutar una felicidad en que hasta entónces no habia soñado.

Al volver á la Iglesia, los alguaciles, que se habian colocado á la puerta, se apoderaron de él ántes de que pasase el dintel, y cuantos esfuerzos hizo para librarse de ellos fueron inútiles.

Entre seis hombres le sujetaron y le llevaron á una prision, dando cuenta inmediatamente á Velazquez del triunfo que habian conseguido.

Catalina se enteró de lo que habia pasado, y envió con un indio una carta á su amante, en la que le decia:

«Fingíos humilde por mí y sereis perdonado.»

El amor venció la impetuosidad del que por nada del mundo se doblegaba.

Cediendo á las instancias de Catalina y á las insinuaciones de Andrés de Duero y Amador de Lariz, sus particulares amigos, manifestó que estaba arrepentido de su tentativa, y que deseaba celebrar una entrevista con Velazquez.

Velazquez no era malo en el fondo.

Sin darse cuenta de sus sentimientos, simpatizaba con Hernan Cortés.

Aquel acto de humildad le desarmó, y dispuso que el prisionero fuera conducido á su presencia.

Hernan Cortés repitió las protestas que habia hecho.

—Para daros pruebas de mi lealtad, de mi sinceridad, de los vivos deseos que tengo de volver á vuestra gracia, no solo os pido mi libertad, sino que os ruego que pidais para mí á don Lope Suarez de Pacheco la mano de su hija.

Esta mision agradó en extremo á Velazquez.

Aquel debia ser el primer casamiento que la religion cristiana celebrara en aquella apartada y hermosa region.



Inmediatamente fué à ver al anciano marino, le manifestó los deseos de Hernan Cortés, y consultada Catalina por su padre, obtuvo el gobernador la vènia para el casamiento de su protegido.

Algunos dias despues se celebró aquella union con grandes fiestas, siendo padrino de la boda el gobernador, y apadrinando más tarde al fruto de la boda.

No insisteremos por ahora más sobre este lazo que contrajo el valiente caudillo, porque su amor á Catalina, su union con ella, y la conducta que observó más tarde para con la madre de su hijo, nos ofrecerán en lo sucesivo algunas de las páginas más interesantes de esta historia.

Cumple solo ahora á nuestro propósito manifestar, que aunque Velazquez perdonó á Hernan Cortés y le dió tantas muestras de afecto, no quiso nunca reponerle en su empleo de secretario, y procuró por todos los medios dejarle en una oscura posicion, sin duda por que presentia que podia eclipsarle.

Hernan Cortés, que no habia nacido para ver satisfechas las aspiraciones de su alma en el reducido y hermoso círculo de la familia, que daba más cabida en su pecho á la ambicion que al amor de padre, que al amor de esposo, volvió á emplear la habilidad, la astucia, y catequizando con dádivas y promesas á Lariz y Duero, consiguió que influyendo poderosamente sobre Velazquez, se inclinase éste á nombrarle jefe de la expedicion que debia llevar á cabo la conquista del Yucatan.

Antes de despedirse quiso celebrar una entrevista con Velazquez.

Vamos á ver lo que pasó.

## CAPITULO VII.

### Hernan Cortés y sus enemigos.



ANDRES de Duero y Amador de Lariz, al aconsejar á Velazquez que diese el mando de la expedicion á Hernan Cortés, le hicieron creer, que no solamente no deseaba aquel importante cargo, sino que ni siquiera se atrevia á sospechar que pudiera ser designado para confiárselo.

Partiendo de este supuesto, quiso el gobernador explorarle.

Hernan Cortés iba preparado para obtener el triunfo.

—¿Habeis oido hablar, le dijo cuando estuvo en su presencia, á algunos de los soldados que acompañaron á Grijalva en su expedicion á la conquista del Yucatan?

—He oido á algunos.

—¿Y qué os han dicho?

—La mayor parte de ellos aseguran que los habitantes de ese país son formidables, y que no hay medio de luchar con ellos. Otros dicen que es inútil la empresa, porque no valen aquellas tierras los hombres que se pueden perder, ni los navíos que arrollen las olas.

—¿Y vos qué pensais de eso?

—No ignorais que vivo en el seno de mi familia, y que abriego deseos de volver á la Península para ver á mis padres, y vivir con mi esposa y mi hijo en el lugar de mi nacimiento.

—Pues bien, dijo Velazquez despues de vacilar algunos momentos: yo, que como gobernador de la colonia tengo necesidad de pensar en el medio de dar ocupacion á los españoles, en be-